ACTO PRIMERO

Forman la escena restos de una antigua Cartuja, situada al pié de una montaña, y en los alrededores de un pueblecito de rústicos labradores, que se verá, en el fondo en una hondonada, donde se extiende un valle.

A la derecha del espectador la mole vetusta de la Cartuja; á la izquierda, una pobre choza, donde habita el guarda, que está al cuidado de ella, D. Leandro.

Las vecindades de la sierra, que con una de sus vertientes está invadiendo la escena, dan al lugar un aspecto agreste, que no desaparece del todo, con la abundante lozanía de los árboles.

Delante de la Cartuja, restos de una cruz de piedra, con escalones por donde trepan plantas silvestres; no lejana, una fuentecilla, también de ruinosa arquitectura.

Se levanta la cortina sobre un crepúsculo tibio y suave de la Sierra.

Sentadas las unas y otras en pié, entorno de la fuente, con las herradas, al lado suyo, en el suelo, hay un grupo de muchachas del pueblecito que está en el Valle.

La conversación es íntima y tranquila en el lugar y la hora apacibles.

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA—ROSA—UNA AMIGA ALEGRE

Magdalena, que ocupa el centro del grupo de muchachas: Rosa, á su lado, sentada un poco más abajo; las otras amigas, rodeándolas.—Una amiga alegre va y viene por la escena.

ROSA

Habría de cambiar el mundo ¿no?
¡Parecen tan iguales, tan pesadas,
todas las cosas!

UNA AMIGA ALEGRE

Y, por eso, á tí
te apetece cambiar; cambiar de trajes
y de cortejos ¿no sabéis, la niña?
Su traje es el pregón de sus amores:
Pañuelo blanco? Mocetón imberbe.—
Corpiño abierto? Galancillo agudo
que sabe hablar y distraerse á tiempo.—
Zapato con tacón? Muchacho grave,
potrón que no da un paso sin espuela.—
Mangas de terciopelo, un poco estrechas?
Labrador rico, acostumbrado al vino.—
Camisilla...?

ROSA

No más! La deslenguada!
¿Y tú? ¿No cambias tú? ¿No te fastidian
todos los hombres? ¿No sabemos todos
que tienes tres para ir riñendo siempre
y has despreciado á dos por que no riñen?

OTRA AMIGA (A Rosa)

Y ahora te gusta el Tuerto!

ROSA

Porque tiene
la cara hecha, á lo menos de otro modo.

UNA AMIGA ALEGRE

Ya me contestarás después de hablarle!

ROSA

¿Qué sabes tú, envidiosa?

UNA AMIGA ALEGRE

Eso sé, eso!
Que es igualito á los demás!

ROSA

Mentira!

UNA AMIGA ALEGRE

Si ha sido novio mío! Si también
yo le busqué, por diferente, al Tuerto!

(Rien algunas amigas. Magdalena, mirando á sus compañeras y reprendiéndolas benévolamente:)

MAGDALENA

Locas!

ROSA

(Volviéndose á ella y acariciándola:)

Juiciosa mía, Magdalena!
¿Te extrañan nuestras risas aquí, solas
con estos buenos árboles?

UNA AMIGA ALEGRE

Es claro!
¡Como se va á casar!

MAGDALENA

¿Quién os lo ha dicho?

ROSA

Se sabe ya, mujer! Se sabe todo
en este pueblo, en que no pasa nada!

UNA AMIGA ALEGRE

Sí, cuéntanos, Magdala! Anda! Sé buena!
¿Quién es él?

ROSA

Es Andrés ¿verdad? El hijo
de D. Leandro.

UNA AMIGA ALEGRE

Andrés? Me alegro, niña!
Andrés sería un hombre casi bueno,
si se atreviera á ser un poco malo.

Y ¿cómo ha sido? ¡Cuenta! Te escuchamos
como si nos dijeras una historia
de los mejores tiempos de tu abuela!
¿Le quieres mucho?

MAGDALENA

(Confidencialmente.)

Ya veréis: jugaba
todas las tardes á placer conmigo
cuando siendo yo niña todavía
venía aquí á por agua: ya más mozos,
hablábamos los dos, lo que tardaba
mi cántaro en llenarse; luego, quiso
acompañarme á casa por las tardes,
llevándome la herrada... Un día, supe
que por estar conmigo, entró en la hacienda
y lo tomó mi padre á su servicio
—él entiende de huertos y maizales.—
En fin, con mucho tino, me propuso
partir conmigo el agua de la herrada
á cuyo hervor, tan apaciblemente,
hablábamos aquí todas las tardes.

ROSA

¿Y esto es todo?

UNA AMIGA ALEGRE

¿Y no más?

MAGDALENA

Y no más.

ROSA

Bueno;
pero ¿le quieres?

MAGDALENA

No lo sé: no veo

nada, en Andrés, que me haga desearle
más que á los otros hombres.

UNA AMIGA ALEGRE

¿Ves? Lo mismo
que decíamos todas, hace un rato
cuando nos reprendistes: exactamente
lo que yo he dicho siempre y lo que pienso
decir, cuando me muera, á los que escuchen:
El mundo ha de cambiar: no hay ningún hombre
que merezca el regalo de un abrazo!

(Inconscientemente debe dar un poco de grandeza á este dístico.)

ROSA

Si fueras rey ó Dios, ó algo así, grande
y pudieras hacer que á tu capricho
respondieran los hombres, ¿qué querrías?

UNA AMIGA ALEGRE

Me gustarían chiquitines, negros,
con los pelitos rojos, puntiaguda
la barbilla de chivo; duros, flacos;
con los dientes muy blancos, como nieve,
y la lengua encendida, como llama;
con cuernecitos tercos y patitas
con pezuñas y todo. ¡Qué alegría!
Ridículos, ridículos, ridículos!

(Rien las amigas.)

ROSA

¿Y tú, Magdala?

MAGDALENA

¿Habéis oido, niñas
lo que cuentan de Dimas, el pastor,
que ronda, hace unos días, estos valles?

¿Lo conocéis? Le he visto una vez sola.
Le he visto desde lejos: tan extraño
que parecía de otro mundo: grande,
con la cara morena y con las greñas
revueltas por el viento: allí, perdido
en la enorme quietud de las montañas,
amenazando al llano, daba gloria
mirarle desde lejos y temerle.
Dicen que mata y asesina, y roba
lo que le sale al paso; el perro suyo
le lamía las manos mansamente.
Un hombre así!...

ROSA

Muchachas! es tan tarde
que la primera estrella de la noche
se ve ya, por detrás del campanario,
encima de los nidos de cigüeñas.

UNA AMIGA ALEGRE

Qué tarde debe ser!... y el pastor ¿dices
que ronda por el valle?

MAGDALENA (pensativa, contemplando los montes lejanos.)

Si algún día...

OTRA AMIGA

Yo tengo miedo! vámonos á casa.

LA AMIGA ALEGRE

Vámonos sí, Magdala; á casa, á casa!

(Comienzan á marcharse en grupos las amigas por el camino del pueblo.—Magdalena queda al lado de la fuente y en pié, su amiga Rosa la aguarda para salir juntas. Se marchan del brazo y cuando llegan á la entrada del camino recuerda Magdalena que ha dejado la

herrada en el caño de la fuente.—Todo el movimiento sigue las indicaciones del diálogo.)

ROSA

Vienes?

MAGDALENA

Contigo sí... (yendo á su encuentro).

ROSA

¿La herrada?

MAGDALENA

Es cierto!
la dejaba en la fuente: mira, espérame
junto al puente primero, que enseguida
iré yo con mi cántaro á buscarte.

(Sale Rosa y Magdalena muy poco á poco y pensativa siempre, vuelve hasta la cruz de la fuente: cuando llegue allí, como hablando consigo misma, dice:)

Me ha parecido ver sus greñas negras...

(Se dirige á la herrada. En el momento de inclinarse para tomarla en sus manos, se oye un grito lejano y estremecimiento de esquilas en la Sierra. Magdalena vuelve á erguirse rápidamente y se queda quieta, con la vista larga, escuchando en medio del silencio.

Al poco rato, hace su entrada en escena Dimas el pastor. Viene de sostener una lucha con un lobo, al que ha dado muerte, traerá el cuchillo corto y puntiagudo en una mano y se verán manchadas de sangre sus ropas. Parece contrariado al ver que no está solo, y enseguida, confiado, á gusto y como entre algo suyo, al dejar caer la vista en la hermosura franca de Magdalena.)